

**LOS CINCO ESCRITORES LATINOAMERICANOS  
GALARDONADOS CON EL NOBEL, EN SUS DISCURSOS DE  
RECEPCIÓN DEL PREMIO**

**Cătălina CONSTANTINESCU**  
eucat\_ct@yahoo.com  
**Universidad de Pitesti**

**Resumen**

*Los discursos de recepción del Premio Nobel, momento decisivo en la vida de un escritor, ofrecen en la mayoría de los casos, la oportunidad de una evaluación de la obra, acaso una confesión, entre ensayo y autobiografía o plantean problemas mundiales o regionales de máximo interés delante de la Academia Sueca de las Letras, para ser escuchadas por el mundo entero, que expresan no solamente los ejes de su personalidad sino también un género literario sui generis.*

*Intentamos, a continuación, un enfoque de los discursos de aceptación de los cinco Nobel de la literatura hispanoamericana, para poner de relieve los rasgos característicos de la visión de unas destacadas personalidades del mundo literario contemporáneo.*

*Palabras clave: gracias, compromiso, soledad, búsqueda, presente.*

Parece que, desde 1901 los escritores se han ilusionado (no todos, no Sartre), como coronación de su talento y lucha con la ficción literaria, en el gran momento ofrecido como símbolo de un gran arrepentimiento: el otorgamiento del Nobel.

Para los escritores del “continente volcánico” las esperanzas han recibido su merecido destino feliz para: Gabriela Mistral (poetisa chilena, 1945), Miguel Ángel Asturias (novelista y poeta guatemalteco, 1967), Pablo Neruda (poeta chileno, 1971), Gabriel García Márquez (novelista colombiano, 1982), Octavio Paz (poeta y ensayista mexicano, 1990).

Hubieran podido ser otros veinte más, por lo menos. Pero estos son los elegidos y lo que nos interesa aquí es cómo recibieron este premio, ya que los discursos de recepción no son meros “remerciements”, sino unas síntesis de las personalidades humanas que lo reciben y del universo de donde se extraen las raíces de su talento.

El discurso de Gabriela Mistral (seudónimo de Lucila Godoy) es de los más breves posibles y es, ante todo, un elogio a la nación de “la aceptación del presente y la anticipación del futuro que se llama Suecia”. Digna y bastante formal, la poetisa y profesora no olvida, sin embargo, expresar una obsesión de los que siempre se han sentido frustrados y han

construido sus obras sobre esta histórica frustración suya: el continente de la América Latina no es conocido o es conocido mal.

Ella ve en Suecia un ejemplo magistral y agradece haciendo memoria de sus “pioneros espirituales por quienes fue ayudada más de una vez”. Su “leal amor” hacia todos los miembros del pueblo sueco, que se repite en varias formas en el discurso, deja poco espacio para hablar de sí misma. El yo, las emociones personales, los elementos de autobiografía faltan completamente. Es atípico su discurso, sobre todo en el concierto de los demás, como se verá a continuación. No hay fábula, no hay parábolas, no hay un tema predilecto, ni siquiera el deseo de hablar, aprovechando aquel momento único, de los asuntos que puedan poner de relieve su poderosa personalidad poética o el intento de desarrollar lo que significa ser “hija de la democracia chilena” o “hija de un pueblo nuevo”, como ella misma se define. Prefiere una frase que deja atrás lo que podía decir, asumiendo sólo un papel de mensajero de los demás: “Por una venturanza que me sobrepasa, soy en este momento la voz directa de los poetas de mi raza y la indirecta de las muy nobles lenguas española y portuguesa”.

La “hija” de todos y de nadie más que de su poesía se mantiene envuelta, junto con su destino, en el mundo solitario de los Andes.

Veintiséis años más tarde, otro poeta chileno, Ricardo Reyes Basoalto, conocido como Pablo Neruda, recibe el Nobel después de una vida dedicada al “canto”, a la política y a la solidaridad amistosa.

A diferencia de su coterránea, desde el comienzo, Neruda afirma que su discurso “será una larga travesía, un viaje por mis regiones lejanas y antípodas [...] Hablo del extremo sur de mi país”.

En la primera parte del discurso, Neruda relata con pormenores descriptivos y acontecimientos que se transforman en símbolos de la vida, del exilio y de la raza, el viaje del fugitivo al atravesar los Andes, para buscar la frontera con Argentina, cuando lo dejaron solo con su destino. Avanzar en larga cabalgata por estas regiones inaccesibles, por aquella “soledad sin márgenes, en aquel silencio verde y blanco” es una aventura que destaca primeramente el papel protagonizado por la naturaleza de una “salvaje desolación”. Encontraron en su camino, abierto con los machetes, algo como unas construcciones humanas, trozos de ramas acumuladas como monumentos para los caídos, viajeros desconocidos que se atrevieron a buscar, por varios motivos, amparo y se quedaron allí para siempre.

Un recorrido iniciático en varias etapas: el bosque, el río, un recinto mágico donde los vaqueros, igual como en un rito, dejaban monedas y alimentos en los agujeros de hueso de una calavera de toro

para que después, iniciaran una “extraña danza saltando sobre un solo pie alrededor de la calavera abandonada”. Era como un ritual destinado a todos “los Ulises extraviados”, como un lazo a lo largo del tiempo, que unía destinos desconocidos, en medio de una naturaleza enemiga y protectora a la vez.

Lo importante es, además de los símbolos, la primera conclusión del poeta: “Comprendí entonces, de una manera imprecisa, al lado de mis impenetrables compañeros, que existía una comunicación del desconocido al desconocido, que había una solicitud, una petición y una respuesta aún en las más lejanas y apartadas soledades del mundo”.

El último momento relatado es uno de solidaridad humana que se construye por medio de una canción. Alrededor de un fuego, encontraron a unos hombres que tocaban la guitarra y cantaban una “canción de amor y de distancia, un lamento de amor y de nostalgia dirigido hacia la primavera lejana, hacia las ciudades de donde veníamos, hacia la infinita extensión de la vida”. Hospitalarios y silenciosos, sin saber nada del nombre o de la poesía del fugitivo a quien amparaban, los montañeses no reciben las monedas ofrecidas a cambio de su hospitalidad. Se entiende que ellos los han servido y nada más. “Y en ese ‘nada más’-concluye el poeta-en ese silencioso ‘nada más’ había muchas cosas subentendidas, tal vez el reconocimiento, tal vez los mismos sueños”

En la segunda parte del discurso, como era de esperar, se halla la justificación de este relato de viaje. La argumentación que sigue se constituye en una profesión de fe, una *ars poetica* de tono grave, lleno de amargura y esperanza, de tal modo que la primera parte llega a ser una parábola de lo que significa la inspiración y el papel de un poeta comprometido en “el camino de la responsabilidad compartida”. En aquella larga jornada, encontró “la dosis necesaria a la formación de un poema” ya que nunca aprendió de los libros la receta para la composición de aquél y nunca dio consejos para que los nuevos poetas recibieran de él alguna “gota de supuesta sabiduría”.

Para Neruda, la poesía es “una acción solemne en que entran por parejas medidas la soledad y la solidaridad, el sentimiento y la acción, la intimidad de uno mismo, la intimidad del hombre y la secreta revelación de la naturaleza”.

Entre lo vivido y lo escrito, entre verdad y poesía ya no hay fronteras absolutas. La expresión poética demuestra que también no hay “soledad inexpugnable” y cada camino lleva al mismo punto: “la comunicación de lo que somos”. El poeta, en palabras de Neruda, no es un “pequeño dios”, “no está signado por un destino cabalístico superior”. Él es uno más entre todos los hombres comunes, que contribuye con su

“ración de compromiso” a la construcción de cada día de una “colosal artesanía” que entrega pan, verdad, vino y sueños, así que “el mejor poeta es el hombre que nos entrega el pan de cada día: el panadero más próximo que no se cree dios”. Pero el poeta aprendió de los errores que le llevaron a una relativa verdad y de las verdades que le condujeron al error que “nosotros mismos vamos creando los fantasmas de nuestra propia mistificación”. Los poetas, en general, tienen dos opciones: sea la sumisión total a la realidad y realismo, la conciencia directa de lo que los rodea que conduce a una “limitación tan exagerada que matamos lo vivo” sea la de crear el fetiche de “lo incomprensible, de lo selecto y de lo secreto” que, por suprimir la realidad, ahoga en “una incomunicación opresiva”.

En el caso particular de los escritores latinoamericanos, ellos tienen “el compromiso de recobrar los antiguos sueños que duermen en las estatuas de piedra, en los antiguos monumentos destruidos, en los anchos silencios de pampas planetarias, de selvas espesas, de ríos que cantan como sueños”. De aquí, la necesidad de “colmar de palabras los confines de un continente mudo” y la tarea de “fabular y nombrar”. La herencia de los pueblos que “arrastran un castigo de siglos” impone una actitud poética de singulares peculiaridades, entre las cuales Neruda confiesa su opción definitiva que resulta de una honda responsabilidad:

*Porque creo que mis deberes de poeta no sólo me indicaban la fraternidad con la rosa y la simetría, con el exaltado amor y con la nostalgia infinita, sino también con las ásperas tareas humanas que incorporé en mi poesía.*

El final del discurso alude a una frase de Rimbaud (“A l’aurore, armés d’une ardente patience, nous entrerons aux splendides Villes”) y expresa en un tono marcado por entusiasmo y sinceridad su relación con estas palabras rimbaldianas que vienen a su memoria después de cien años:

*Yo creo en esta profecía de Rimbaud, el vidente. Yo vengo de una obscura provincia, de un país separado de todos los otros por una tajante geografía. Fui el más abandonado de los poetas y mi poesía fue regional, dolorosa y lluviosa. Pero tuve siempre confianza en el hombre. No perdí jamás la esperanza. Por eso, tal vez, he llegado aquí con mi poesía y también con mi bandera.*

Entre los dos chilenos, cronológicamente, recibió el Nobel el novelista y poeta guatemalteco Miguel Ángel Asturias cuyas novelas “El

señor presidente” y “Hombres de maíz” abrieron nuevo camino en la literatura hispanoamericana.

Su discurso de recepción tiene como tema “La novela latinoamericana. Testimonio de una época”. Asturias empieza su conferencia analizando los antecedentes de dicha literatura, remontando los orígenes en sus tres grandes momentos: maya, azteca e incaica. Las historias pintadas eran interpretadas en forma oral, recreándose, hasta que los españoles trajeron el alfabeto y se fijaron sea en las lenguas nativas sea directamente en castellano.

Los documentos muestran que, entre los hispanoamericanos, la historia era más próxima a la novela. Como dice Asturias, “son narraciones en las que la realidad queda abolida al tornarse fantasía, leyenda, revestimiento de belleza, y en las que la fantasía a fuerza de detallar todo lo real que hay en ella termina recreando una realidad que podríamos llamar surrealista”.

Asturias establece algunas características esenciales de los textos indígenas: anulación de la realidad por la fantasía, la recreación de una superrealidad, una constante anulación del tiempo y el espacio, el uso y abuso de la palabra, un estilo “paralelístico” por el cual diferentes vocablos repetidos señalaban el mismo objeto. De otro lado, el origen de un género literario similar a la novela entre los primitivos pueblos de América Latina se emparenta con la epopeya, las leyendas históricas de los rapsodas que recorrían las ciudades recitando los textos. Aquellos relatos novelados, “esta literatura de realidad y fantasía de realidad se quiebra en el instante del avasallamiento”. Bernardo Díaz de Castillo escribe algo que se ha considerado como la primera gran novela americana: “Historia de la conquista de Nueva España”. Un soldado cronista que escribe una novela que pretende ser verdadera historia.

Pero la literatura latinoamericana buscará otros caminos intentando ser testimonio de cada época y “un instrumento de lucha”, según la opinión de Asturias. Antes de recordar grandes nombres de esta literatura, Asturias concluye:

*Toda la gran literatura es de testimonio y reivindicación, pero lejos de ser un documento frío, son páginas apasionantes del que sabe que tiene en las manos el instrumento para deleitar y convencer.*

Asturias viene delante de la Academia Sueca de las Letras con los grandes nombres de esta literatura, cada uno con sus aportaciones que han logrado construir un universo único y tan fascinante en su dramatismo, como, por ejemplo, el Inca Garcilaso, el desterrado criollo

que ofrece en su “prosa magnífica, ya no sólo lo americano, ni sólo lo español, sino la mezcla, en la fusión de las sangres y en la misma demanda de vida y de justicia”.

Otros autores también dieron nacimiento a una literatura de desterrados como testimonio de su época. Entre ellos, el guatemalteco Rafael Landívar, llamado “El Virgilio de la modernidad” en cuyas “descripciones de costumbres, de industria de juegos hay una graciosa vivacidad y a lo largo cíe todo el poema, honda simpatía y comprensión por la supervivencia de las culturas indígenas’. Para Andrés Bello, citado por Asturias, tanto el Inca Gracilazo como Landívar “inician sin balbuceos la gran jornada americana en la literatura universal”. Europa manifiesta, a partir de este momento, interés por el Nuevo Mundo, pero más bien por su naturaleza como telón de fondo.

Continuando este compendio temático de historia literaria, Asturias menciona el romanticismo, que en América Latina “no fue solamente una escuela literaria sino una bandera de patriotismo”. José Mármol, en “Amalia”, una de las más leídas novelas en América, convierte la patria en musa como lo hacen muchos otros y su obra es más un acto de fe que una obra maestra estética.

Sigue, en la selección de Asturias, Sarmiento con su dilema “Civilización y barbarie”, José Batres Montúfar, José Martí, “desterrado en su patria” con su “verbo encendido de poeta y periodista”. De los poetas del siglo XX, recuerda a Rubén Darío y al hondureño Juan Ramón Molina que ignoran, esta vez, el indigenismo “satisfechos en la imitación sin sangre de la poesía de otras literaturas”. Pasamos por esta injusticia de Asturias en no reconocer la importancia y el genio de Rubén Darío que influyó más que ser influido, continuando con el período después de la primera guerra mundial cuando, según subraya Asturias “un puñado de hombres, hombres y artistas, salen a la reconquista de lo propio , van al encuentro de lo indígena, recalán junto a lo español materno y vuelven con el mensaje que tienen que entregar al futuro”. Se abre así el camino de la prosa que, por sus rasgos, “va colocándose a la cabeza del género en el mundo entero”. Además de mencionar autores, Asturias intenta hacer una síntesis de las características de originalidad, que, en una mezcla de tradición y renovación han podido desarrollar una de las más fuertes literaturas del mundo.

Primeramente, esta literatura se ha desarrollado dentro de una tradición constante de sus pueblos, con todo lo que reclama el indigenismo. Más aún, esta novela no rompe la ligazón con las características de los textos indígenas, “frescas lacerantes y pujantes”, nutriéndose “de la angustia numísmata de los grandes criollo” y de las

plumas que, desafiando a la Inquisición, abrieron en las conciencias brechas para el paso de los libertadores. En este sentido, Asturias no admite nada que no sea comprometido y hondamente arraigado en la propia historia de todo un continente. Su opinión no deja tolerancia alguna:

*La novela americana, nuestra novela, para ser tal, no puede traicionar el gran espíritu que ha informando e informa toda nuestra gran literatura. Si escribes novela sólo para distraer ¡quémala! Cabría decir evangélicamente, pues si no lo que quemas tú, se borrará del pueblo que es donde un poeta o novelista debe aspirar a quedar.*

Es obvio que sus palabras merecen por lo menos algunas matizaciones, pero como él continúa pensar solamente en este tipo de arte testimonial, le seguimos en sus ejemplificaciones de escritores, una larga lista de nombres y obras, cada una con su rasgo dominante que, en opinión de Asturias, les ha traído el merecido lugar en la historia literaria. Pero, algunos de los citados según las creencias de Asturias, no pasaron las fronteras con su fama literaria, quizás justamente por esa sumisión exagerada a lo nacional y regional y al compromiso social.

En la última parte de su discurso, Asturias se refiere al lenguaje de la novela latinoamericana, afirmando que “cada una de nuestra novela es [...] una hazaña verbal”. De su tono demasiado lírico y retórico, penetrado de orgullosa exaltación se pueden extraer algunas ideas que de verás pudieran constituir un universo lingüístico aparte: la dinámica verbal que se revela primero como sonido y después como concepto, el resultado benéfico de las confluencias de los idiomas, la proliferación y el poder de las imágenes, un lenguaje adherido a la música del paisaje, las influencias de las lenguas indígenas que hacen que la prosa latinoamericana se aparte del ordenamiento de la sintaxis castellana. “Palabra, concepto, sonido, transposición fascinante y rica. Nadie entendería nuestra literatura, nuestra poesía, si quita a la palabra su poder de encantamiento”-concluye Asturias.

Asturias no menciona nada sobre su obra, solamente parece identificarse con los demás escritores. Sin embargo, se nota en su discurso un gran orgullo que viene acaso de una frustración: el sentimiento de una superioridad ancestral que necesita ser siempre reiterada y siempre recordada a los europeos.

Gabriel García Márquez parece continuar, en 1982, en su discurso de aceptación, lo que Asturias intentó presentar delante de la Academia Sueca y del mundo entero: la identidad latinoamericana, sus rasgos peculiares que la diferencian de los demás continentes.

El tema de su discurso es (¿cómo pudiera ser otro?) “La soledad de América Latina” y es, en su mayor parte otro cuento más, a su manera, en el cual nunca se puede saber donde empieza/termina la realidad y donde empieza/termina la ficción.

Márquez introduce un personaje, Antonio Pigafeta, navegante florentino que acompañó a Magallanes y que, después de viajar por América Meridional, escribió una crónica rigurosa que, sin embargo, parece una aventura de la imaginación. En lo que había visto (contado) Pigafeta, Márquez vislumbra los gérmenes de la novela hispanoamericana de hoy sobre todo del realismo mágico o maravilloso: cerdos con el ombligo en el lomo, pájaros sin patas, cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho, un engendro animal con cabeza y orejas de mula, patas de ciervo y relincho de caballo, etc.

Nada de extraordinario para Márquez, que continúa contando sobre la expedición del mítico Alvar Núñez Cabeza de la Vaca que, explorando durante ocho años, el norte de México, con 600 miembros, llegó solo con cinco, ya que los otros se comieron unos a otros.

Misterios que nunca fueron descifrados y hazañas increíbles ocurrieron en la búsqueda del oro indio: once mil mulas cargadas con cien libras de oro cada una salieron de Cuzco para rescatar a Atahualpa, sin llegar nunca a su destino; la decisión de una misión alemana que consideró que el proyecto de la construcción del ferrocarril interoceánico pudiera ser viable a condición de que los rieles se hicieran de oro, etc.

Este “delirio áureo” de los fundadores del continente latinoamericano continuó en su “demencia” y Márquez añade una galería de personajes, reales sin duda, pero muy semejantes a los de la narrativa hispanoamericana: Antonio López de Santana, dictador en México, enteró con “funerales magníficos” su pierna derecha, perdida en la Guerra de los Pasteles; el general Maximiliano Hernández Martínez, “déspota teósofo” en El Salvador exterminó en una matanza a 30 mil campesinos e inventó un péndulo para averiguar si los alimentos estaban envenenados, etc.

Europa, subraya Márquez, empezó a recibir “noticias fantasmales” de la América Latina, cuya “terquedad sin fin se confunde con la leyenda”. “No hemos tenido un instante de sosiego” es la frase con que Márquez empieza a hacer casi una estadística de todos los muertos, de los exiliados, de todas las atrocidades que ocurrieron en los países de esta parte del mundo. La realidad nuda de las cifras es tan trágica y no deja más lugar a ningún comentario. Márquez, encargándose con el destino de todo un continente, cree que la motivación de la Academia Sueca de la Letras, en otorgarle el gran premio, tiene mucho más de

extraliterario, ya que los límites entre la realidad y la ficción literaria en el caso latinoamericano son apenas perceptibles y el gran problema de los escritores reside en encontrar suficientes y adecuados recursos para poner de relieve esta única realidad que mantiene América Latina en absoluta soledad.

En estas circunstancias ¿cómo puede la “Europa venerable” llegar a un verdadero conocimiento de este continente? Según Márquez la premisa sería renunciar a los esquemas de interpretación propias a las culturas europeas, porque “medir con la misma vara”, en este asunto, da resultados opuestos: “solo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios”.

Una solución sería que Europa contemplara Latinoamericana en su propio pasado, pensando en los siglos que necesitó para llegar a la emancipación de hoy. De otro lado, es necesaria la revisión a fondo de la manera de ver de los europeos y una solidaridad no con los sueños latinoamericanos sino en “actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo”.

En la voz de Márquez, dentro de un registro de patética dignidad, se nota un crescendo y no faltan las acusaciones. A pesar de los medios de transporte moderno que han reducido las distancias espaciales se mantiene la distancia cultural. A los latinoamericanos se les admite la originalidad en la literatura pero se les niega la posibilidad de emplear métodos distintos en el cambio social. El discurso tiene su momento de climax, una acusación más directa que las demás anteriores:

*no: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultados de injusticias seculares y amarguras sin cuento, y no una confabulación urdida a 3 mil leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como sino fuera posible otro destino que vivir a merced de los grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad.*

Márquez sugiere, a continuación, una paradoja que resulta de la respuesta de los pueblos oprimidos y abandonados: el crecimiento vertiginoso de la natalidad. Triste orgullo, el del escritor colombiano, el de mencionar esta antítesis entre el poder de la destrucción acumulada por los países más prósperos y la “cantidad de vivos muertos” que nacen el los con menos recursos.

Citando las palabras de su maestro Faulkner (“Me niego a admitir el fin del nombre”), Márquez afirma su credo en la construcción de una utopía contraria,

*una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de verás sea cierto el amor y sea posible la felicidad y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra.*

El final del discurso es, en líneas generales un sorprendente elogio a la poesía, que, según confiesa siempre acompañó su vida de “lector y de cotidiano celebrante de este delirio sin apelación que es el oficio de escribir”.

El tema del discurso de Octavio Paz es “La búsqueda del presente” y su lectura ofrece el estilo y los problemas planteados también en otras obras suyas.

Empieza con una interpretación poética y semántica de la palabra “gracias” y continua con otra sobre las lenguas, para llegar a las literaturas hispanoamericanas que se diferencian, en su opinión de las europeas por ser escritas en “lenguas transplantadas” que cobraron su personalidad y “a veces han sido la negación de las literaturas europeas y otras, con más frecuencia su réplica”. Pero la ligazón, una vez establecida, nunca se puede romper de manera que Octavio Paz afirma que “mis clásicos son de mi lengua y me siento descendiente de Lope y Quevedo como cualquier escritor español. Pero no soy español”. De aquí, surge una pregunta inquietante: “Somos y no somos europeos. ¿Qué somos entonces?”. No hay una respuesta directa a esta pregunta casi retórica sino una, más compleja, ofrecida por las obras.

Las obras son, en palabras de Octavio Paz, lo que ha quedado también de la “pugna más ideológica que literaria entre las tendencias cosmopolitistas y las nativistas, el europeísmo y el americanismo”. A continuación, se refiere a la diferencia básica entre la literatura latinoamericana y la angloamericana, diferencia que “reside en la diversidad de sus orígenes”.

Semejantes por se las dos, al empezar, “proyección europea” se separaron por el modo en el cual han incorporado de manera distinta la historia y cultura de las dos entidades, “de una isla y de una península”, las ambas excéntricas”. El proceso es recíproco, ya que “en América la excentricidad hispánica se reproduce y se multiplica en países con antiguas y brillantes civilizaciones, como México y Perú”. Los españoles encontraron en México no sólo una geografía sino también una cultura que se constituye de la prolongación del espíritu precolombiano sobre las ruinas de los templos. Este espíritu habla al escritor mexicano en el lenguaje cifrado de los mitos, leyendas, costumbres, etc., y, escucharlos, entenderlos y transformarlos en presente, significa ser escritor mexicano.

La historia espiritual latinoamericana lleva, en la opinión del autor, del “Laberinto de la soledad” el signo de la “conciencia de la separación” que puede ser una “herida” o “un reto”.

Pero este sentimiento es al mismo tiempo universal, porque desde su nacimiento, el hombre, desprendido del todo, caído en el “suelo extraño”, empieza la obra de romper esta separación y unirse al mundo y a sus semejantes en varias tentativas de “reconstruir la situación original”. El sentimiento se manifiesta en términos históricos y se convierte “en conciencia de nuestra historia”.

Para contestar a las preguntas “¿cuándo y cómo aparece este sentimiento y cómo se transforma en conciencia?”, Octavio Paz, renunciando a la teoría, recurre a un testimonio personal. Personalizando y subjetivando, presenta de modo poético recuerdos de su infancia, cuando la relación con el tiempo y el espacio se constituían como un presente continuo, un aquí y ahora que le parecían eternos: “El tiempo era elástico y el tiempo giratorio”. Pero este encanto se rompió poco a poco, empezando con un momento en que el niño tomó conciencia de la existencia de otro tiempo, cuando vio en una revista los soldados que regresaban de la guerra, una guerra que había pasado en otro tiempo:

*Me sentí, literalmente, desalojado del presente. Desde entonces, el tiempo comenzó a fracturarse más y más. Y el espacio, los espacios.*

Las experiencias, semejantes en su repetición le condujeron a la expulsión del presente.

Generalizando su experiencia personal, Octavio Paz enuncia una premisa: “La búsqueda del presente no es la búsqueda de la realidad real”. Para él, la expulsión del presente se relacionó con escribir poemas. Y escribir poemas significaba la búsqueda de la modernidad como posibilidad de encontrar “la puerta de entrada en el presente”.

Un largo recorrido por el tema de la modernidad y posmodernidad, en su visión, tiene varias conclusiones que giran en torno a una idea grave que metafóricamente llama “crepúsculo del futuro” y que es la crisis globalizada de las “ideas y creencias básicas que han movido los hombres desde más de dos siglos”.

En resumen, esta crisis se nota en: la transformación de la creencia y la técnica en agentes de destrucción; en la suerte del sujeto histórico a lo largo del siglo XX, que ha conocido las más grandes atrocidades, desde los despotismos más inimaginables a la bomba

atómica; en el precio del progreso como “el rescate de sangre que había que pagar al dios de la historia” y, por último, en el fin de las hipótesis filosóficas e históricas que pretendían conocer las leyes del desarrollo histórico:

*El determinismo histórico - dice Octavio Paz - ha sido una costosa y sangrienta fantasía. La historia es imprevisible porque su agente, el hombre, es la indeterminación en persona.*

El final del discurso se construye, en su crítica expresión, sobre una aparente paradoja:

*Desde hace mucho creo, y lo creo firmemente, que el ocaso del futuro anuncia el advenimiento del hoy.*

Este hoy de Octavio Paz tiene que mirar los desechos morales y materiales producidos por una sociedad que contamina todo y considerar el presente como “sitio de encuentro de los tres tiempos” sin confundirlo con el “fácil hedonismo”, porque “el árbol del placer no crece en el pasado o en el futuro sino en el ahora mismo”, es decir un presente total que incluyera también la muerte como parte de la vida. La construcción de la filosofía del presente, de la presencia, es la invitación que Octavio Paz hace al mundo entero, por medio de la Academia Sueca de las Letras.

Un galardonado Nobel es, más que un elegido de Estocolomo, un elegido de la Fortuna, pero no de la fortuna del azar sino de aquella que raras veces en esta “tierra de infortunios” (Márquez) da un signo favorable a los que verdaderamente lo merecen.

Quizás, una reparación moral para todos los soñadores cuyos sacrificios y talentos hacen que la vida nos parezca a nosotros, los otros mortales que no salimos de lo banal diario, un eden alcanzable. Como se ha visto, delante de la Academia Sueca de las Letras, estos conquistadores de la palabra esconden en sus almas el orgullo y la alegría personales y aprovechan la oportunidad para hablar al mundo sobre los problemas más graves de los cuales no sólo se han nutrido sus obras, sino de los cuales se nutren también nuestros sueños, esperanzas y, sobre todo, inquietudes.

**Referencias:**

- [http:// www.ciudadseva.com/textos/otros/ggmnobel.htm](http://www.ciudadseva.com/textos/otros/ggmnobel.htm)
- [http://nobelprize.org/nobel\\_prizes/literatura/laureates](http://nobelprize.org/nobel_prizes/literatura/laureates)
- <http://www.mundolatino.org/cultura>